



REPLAY

DAVID SAFIER



FUNDAZIOA

LETRAK
ETA
FUTBOLA

LETRAS & FÚTBOL



Javi tenía un matrimonio de lo más normal, un puesto de trabajo como profesor de deporte completamente normal y un cuerpo absolutamente normal para un hombre de treinta y cinco años, barriga cervecera incluida. También podría haber sido feliz de una manera totalmente normal. Pero no lo era: lamentaba haber perdido la oportunidad de tener una vida extraordinaria.

Por eso siempre estaba un poco malhumorado cuando, en el gimnasio, impartía clase a los niños y éstos, sin excepción, tenían un mejor control del teclado de sus móviles y consolas que de sus propios cuerpos. Por eso también estaba malhumorado cuando circulaba en moto por las calles de Bilbao. Y sí, por la misma razón, a veces incluso estaba malhumorado en casa. Y eso que su mujer, Maite, le quería muchísimo.

Un día aparentemente de lo más normal –pero extraordinario en realidad – Javi llegó a casa del colegio, vio a Maite en la bañera (su visión le resultó fascinante) y dijo, melancólico:

—Hubo un tiempo en que habría saltado a la bañera y habríamos hecho el amor sin parar.

Maite, que, como Javi, en los últimos años también había engordado un poco, dijo sonriendo:

—Ya no cabemos juntos en la bañera.

—No, si queremos que haya agua dentro –le dio la razón Javi–.

Y con tu rodilla lesionada...

—Y tu espalda...

—... acabaríamos mañana en el traumatólogo -suspiró Javi.

Maite observó enamorada a su melancólico Javi. Tan

enamorada como aquel día en que, cuando ambos tenían catorce años, se encontraron por primera vez en los baños del colegio, porque él había entrado en el de las chicas por equivocación.

—Me voy a ver la tele —dijo Javi, y salió del baño.

Maite le miró horrorizada y gritó:

—¡No, no lo hagas! ¡Ven a la bañera!

Pero era demasiado tarde. Javi ya estaba frente al televisor. Lo había encendido. Veía cómo el Athletic Club presentaba su nueva estrella: Bernedo, quien jugó para el club al principio de su carrera, tuvo que ser vendido tras pasar dos años en el primer equipo y, después de una exitosa carrera en el FC Barcelona, Bayern de Múnich y Chelsea, volvía ahora a casa como campeón del mundo. La televisión mostraba imágenes de los comienzos de Bernedo, quien saltó a la fama tras meter cinco goles con el Athletic en la final del campeonato juvenil de España. No habría estado allí si otro jugador, el entonces capitán del equipo, no hubiera sido apartado por el entrenador poco antes del partido.

Ese jugador era Javi.

Profundamente frustrado, Javi apagó el televisor, salió de casa sin despedirse de Maite, se montó en la moto y paseó por las calles de Bilbao, llenas de carteles con la imagen de Bernedo vistiendo la camiseta del Athletic y en los que se leía «Ongi Etorri Bernedo!».

Javi lamentaba haber tirado por la borda la posibilidad de una igualmente prometedora carrera. Fue porque su entrenador le había pillado por quinta vez —sí, de verdad, por quinta vez— fumando un porro, y lo había expulsado del equipo. A pesar de todas las oportunidades que le dio el Club por su indudable talento, las desperdió todas. Ahora se decía que él, en lugar de Bernedo, podía haber sido la estrella mundial, el hijo pródigo de la ciudad que regresaba al club que un día tuvo que venderle por aprietos económicos y que siempre dijo querer, allá donde fue.

Pero ya era demasiado tarde. Ahora Javi odiaba el fútbol.

Ni iba al campo, ni veía los partidos por televisión. Harto de la imagen de Bernedo en cada fachada, en cada escaparate, cogió su moto y salió a toda velocidad de Bilbao, en dirección a Artxanda, donde nada le recordara al fútbol. Allí, pasó por delante de un pequeño santo de madera que lucía a un lado de la carretera. Se extrañó de no haberlo visto nunca, a pesar de que seguramente había estado allí desde hacía siglos y él pasaba por allí a menudo. Representaba a san Dionisio, que protegía a los hombres no solo de la rabia, sino también de la angustia.

Al posar su mirada en la sonriente imagen, se sintió un poco más infeliz. ¡Incluso las estatuas eran más felices que él! Por ello, al pasar por delante del santo, no pudo reprimirse y le sacó la lengua. Y juró haber visto por el rabillo del ojo cómo San Dionisio... ¿le hacía una peineta?

No, era imposible. Estaba empezando a imaginarse cosas.

Javi pasó la tarde conduciendo a toda velocidad por las carreteras de Artxanda. Regresó a Bilbao con la puesta de sol. A pesar del paseo, seguía lleno de frustración. Si no hubiese sido así, quizá se habría dado cuenta de que la ciudad había cambiado: los transeúntes vestían a la moda estúpida de los noventa, no llevaban el móvil en la mano y miraban a la cara de sus acompañantes en las cafeterías y restaurantes. El centro de la ciudad no estaba tomado por grandes cadenas de tiendas, aún no existían los nuevos edificios modernos de Abandoibarra y en el museo Guggenheim colgaba un enorme cartel en el que se leía: Próxima inauguración.

Javi no se percató de nada de todo esto. Pero tuvo claro que algo no cuadraba cuando llegó a su casa y vio en la puerta a su padre, a quien había pertenecido el piso... y que llevaba diez años muerto.

—¿Aita...?! —logró balbucear Javi.

—¿Quién es usted? —preguntó su padre.

Javi no pudo responder. Las emociones se agolpaban en su pecho. Rompió a llorar. No entendía qué estaba sucediendo pero, ¡había soñado tantas veces con poder ver de nuevo a su padre! Se sentía inmensamente feliz. Cogió su mano y susurró:

